

# REVISTA GADITANA.

## Número 31.

### EDUCACION

DE LOS ANTIGUOS, COMPARADA CON LA  
DE LOS MODERNOS.

Los romanos han sobresalido siempre por el esmero que tenían en la educación de sus hijos: según refiere Tácito en el diálogo de *oratore*, comenzaba esta desde el instante que nacían, puesto que los encomendaban al cuidado de alguna matrona venerable de su parentela, la cual no escusaba diligencia ni afán alguno en formar la pronunciación, en dirigir las primeras acciones, y en velar sobre las pasiones nacientes, encaminándolas a objetos útiles: para lograr estos fines, presidia hasta á sus diversiones y nada les sufría contra la modestia ó la decencia.

Aunque no faltaron maestros que creyesen que los muchachos, ántes de los siete años, eran incapaces de toda disciplina, otros, como Quintiliano, fueron de distinto sentir, aconsejando que no debía perderse un solo instante en la cultura del entendimiento, y que esta en rigor, podía comenzar desde que el niño empezase á hablar.

Era también grave cuestión el escoger la lengua en que se les debían dar las primeras instrucciones, y la que ha-

bian de usar los padres y las ayas cuando conversaban con ellos; porque creían, con sobrado motivo, que los primitivos hábitos se forman de aquellas simientes de pureza ó de corrupción que los maestros depositan en el ánimo de los niños.

Pasados los años de la infancia, acudían á alguna escuela pública, bajo un maestro griego, de reputación: era este el modo de acabar felizmente la enseñanza de los que mostraban disposiciones para aspirar á tomar parte en las cosas públicas. Quintiliano aconsejaba, que el que aspirara á hacer papel en la República debía presentarse á la multitud; porque la soledad es la peor enseñanza para los que deben comparecer á los ojos del público.

Luego que terminaban los estudios de la infancia, se daba á los jóvenes la toga viril y con ella salían del cuidado de los ayos: presentábanlos luego en la plaza mayor ó Foro romano, donde se hacían las asambleas del pueblo: aquel lugar era, por decirlo así, la escuela de los negocios y de la elocuencia: el teatro donde se ventilaban todos los intereses del imperio y la fuente de las esperanzas públicas y fortunas particulares.

Solían presentarse los jóvenes con mucha solemnidad, acompañados de todos los parientes y amigos de la casa; precedían á esto varias ceremonias religiosas en el Capitolio, y luego los ponían bajo la protección especial de algún senador afama-

do, para que, con su enseñanza y su ejemplo, les diese á conocer el modo de servir al Estado. En los primeros tiempos de la República se daba la toga viril á los 17 años: relajáronse algun tanto las costumbres, y se adelantó en seguida un año esta funcion.

Al mismo tiempo que los poetas y demas autores clásicos, acostumbraban los maestros mas aventajados hacer que sus discipulos aprendiesen de memoria las leyes de las doce tablas: la profesion legal era, despues de la de las armas y la elocuencia, la carrera mas segura para conseguir los honores de la República: los que seguian esta carrera acostumbraban dar consejos de valde á cuantos venian á consultarles; lo cual les servia para conciliarles el favor de los ciudadanos.

Los antiguos senadores, que habian adquirido reputacion de saber, se paseaban por la mañana en la plaza mayor, para que les preguntasen los que habian menester consejo en algun punto legal: en los últimos tiempos de la República, estaban en sus casas sentados en una especie de trono, con la puerta abierta para que entrara quien quisiese á consultarlos.

Es de observar, que la educacion de los romanos consistia en instruirse igualmente en los dos ejercicios de armas y letras: en un imperio que debia su engrandecimiento á la fuerza, el valor militar era la via mas pronta y segura para conseguir los supremos honores. La necesidad que tenian muchas veces los generales de arengar al pueblo y á las tropas, y por otra parte, el ser anexo al empleo civil el mando militar en los casos de guerra, eran parte para que todos los que servian á las República, procuraran ser juntamente guerreros esforzados y oradores elocuentes.

De lo que hasta aquí va referido, tomado de la vida de Marco Tulio Ci-

cion, escrita por Middleton, se infiere, que los descendientes de Rómulo, mas atinados en este punto que los hijos de la moderna civilizacion, cuidaban de dar cultivo á aquellas facultades de que debian sacar mas provecho en el uso de la vida: una República formada por una serie indefinida de victorias, y en cuyo gobierno y administracion ejercia el pueblo tan considerable influjo, solo hubiera podido sostenerse y durar, teniendo los que la dirigian las prendas del orador y del guerrero: la educacion, que así comprehendia el objeto que debia proponerse, merece que se la califique de acertada, porque el acierto en esta materia no puede consistir mas, que en adaptar los medios al fin que anhelamos alcanzar.

Si se compara con la educacion de los romanos la que suelen recibir los jóvenes en las naciones mas adelantadas de la Europa, habrá de conocerse que, sean las que fueren las escelencias que se atribuyan á esta, considerándola en abstracto, las ventajas de la oportunidad y de la sazón, están todas de parte de aquella.

En efecto, al mayor número de los que gastan los primeros y mas preciosos años de su vida en el estudio de los autores griegos y latinos, de nada aprovechan, en el resto de sus dias, las nociones que entónces adquirieron; y como es tan estrecha la relacion que existe entre nuestras ideas y nuestras acciones, acontece, por lo comun, que los que al salir de los colegios tienen que darse á tareas que ninguna conexion tienen con lo que aprendieron, no pudiendo aprovecharse de ello, acaban por olvidarlo. Mas, para que las muestras de elocuencia y de poesia que nos ha legado la antigüedad, y que con justicia se han encarecido siempre por los hombres mas entendidos, sirviesen á los que viven en la sociedad presente, seria pre-

ciso enseñarles, como aquellas formas que arrebatan nuestra admiracion, pudieran aplicarse á las ideas, á las creencias y á los intereses de la época actual: tal vez de estas investigaciones resultaria, que las mismas reglas de la retórica y de la poética tuviesen que sufrir alguna modificacion; pero en esto, lejos de perderse, se adquiriria un nuevo é importante conocimiento; advirtiendo, que la parte puramente literaria de las obras humanas, está subordinada á los pensamientos y á los afectos á que dá vida; y que el verdadero fruto que ha de sacarse de la lectura de Demóstenes y de Ciceron, no ha de ser el seguir en todo sus huellas, sino el aplicar con discernimiento, á nuestro presente estado, lo que en tales modelos hay adaptable para todos los tiempos y circunstancias.

Pero si aun para que pudieran sacar fruto de estos estudios, los que se dedican á profesiones á que suelen aplicarse, se necesita el que sean dirigidos con tino y discernimiento, ¿qué sucederá á los que se dan á esta lectura sin mas preparacion que la de algunos rudimentos de gramática, mas bien encomendados á la memoria que aprendidos con solidez?

No es posible entender, ni aun el sentido de las palabras, si no se tiene alguna idea de las opiniones y de la creencias, que en aquella sazón reinaban; los sentimientos del corazon humano son siempre idénticos, y las facultades del entendimiento no varían de una á otra época; mas, segun sean las circunstancias exteriores, así han de ser unos ú otros los sentimientos que desuellan y las ideas que dominen; como las palabras no son mas que la espresion de lo que el alma siente y piensa, es forzoso no separar el estudio de la literatura del de las costumbres, las leyes y la religion de un pueblo, so pena de apren-

der solo sonidos, que no dejan en la mente especie alguna provechosa.

En los cursos de latinidad y de griego que se siguen en los colegios, no se acostumbra practicar el método indicado; pero dado caso que fuese de otra manera, y que el alumno al dejar las aulas comprendiese perfectamente, no solo las palabras de los libros clásicos, sino tambien el espíritu de la antigüedad, que lograse couocer con exactitud los elementos que constituian aquella sociedad, y que por esto se preservara del riesgo, no sin ejemplo, de imaginar el que aquellas instituciones y aquellos usos pueden aplicarse á la sociedad del día, ¿qué uso pudiera hacer de tales conocimientos en el ejercicio del comercio ó de la industria?

Creyendo seguir puntualmente los pasos de los antiguos romanos, no hacemos en realidad mas que apartarnos de la senda que seguían: teniendo ellos que dirigir un pueblo por medio de la elocuencia y de la guerra, cultivaban con esmero todas las facultades que contribuyen á que la palabra produzca sus mágicos efectos, y las que dan incremento á la destreza y al vigor del cuerpo: entre nosotros ¿qué aprovecharia al director de una fábrica, ó de una compañía mercantil, el saber hacer arengas al gusto de los oradores de Aténas y de Roma?

No propenden en manera alguna estas consideraciones á desterrar de las escuelas los que se llaman estudios clásicos: su objeto es mostrar por una parte, cuan insuficientes han de ser, sino les acompaña el criterio necesario para discernir lo que en los autores de la antigüedad hay de aplicable á la sociedad presente, y por otra, la necesidad de que, los que han de dedicarse á las profesiones que en el día constituyen la fuerza y la vida del Estado, adquieran conocimientos análogos á las tareas en que

han de ocuparse: la química es de mas provecho para el fabricante que la elocuencia de Demóstenes: este encendia ó calmaba las pasiones de la multitud, segun cumpliera á sus designios; pero cuando no son las pasiones, sino las facultades mecánicas las que han de manejarse, el saber ser útil no es el conocer el arte de escitar en el pecho humano la ira ó la templanza, es si, el descubrir los elementos constitutivos de los cuerpos, para de este conocimiento hacer aplicaciones variadas á nuestras necesidades.

Tampoco es mi ánimo negar que hay ciertas ciencias que á todos son necesarias, por mas diversas que sean las tareas á que hayan de aplicarse: la gramática, la lógica y sobre todo, la moral religiosa, están en este caso; si á muy pocos es dado profundizar estas materias, á todos es indispensable adquirir de ellas las nociones suficientes para el uso de la vida: las que pertenecen á la religion, sobre todo, porque no hay ocasion alguna en que las máximas del evangelio, como dictadas por la suprema sabiduria, dejen de servir de sustento á un ser tan fragil cual lo es el hombre, y tan sujeto á dejarse arrastrar por el impetu de las pasiones, que de continuo asedian su corazon.

Pero no porque sean necesarios en todas las condiciones y estados de la vida ciertos conocimientos, han de substituirse á los especiales que cada profesion requiere, los que son solo propios del que cultiva las letras esclusivamente.

Otro vacío hay en nuestra educacion actual, que es quizá el de mas fatales consecuencias. Por mil vicisitudes, que no es ahora de mi propósito referir, una clase numerosa de la sociedad, ha venido á tener parte activa y considerable en el gobierno del Estado: parecia natural, que los individuos que á ella pertenecen, procurasen, ya que no pro-

fundizar, siquiera iniciarse en las ciencias políticas y administrativas: sin embargo, sea porque el sistema representativo es harto reciente para que haya podido practicarse esto, ó sea por otras causas, es la verdad, que en el día la mayor parte de los que reciben la mision de representar á los pueblos, mas bien que ideas generales sobre gobierno y administracion, llevan deseos muy plausibles de beneficios y reformas, que no aciertan luego á realizar por carecer de medios que solo el estudio hubiera podido proporcionarles.

En este punto seria cordura imitar á los romanos: ya que nos preciamos de los derechos adquiridos, deberiamos procurar que resulleran en provecho de la sociedad: los destinos de Roma pendian de la guerra y de la elocuencia: los de la Europa moderna de la industria y de comercio: del mismo modo que los jóvenes romanos apénas vestian la toga viril seguan cuidadosamente los pasos de los senadores propectos, y procuraban recoger sus palabras como máximas tradicionales de gobierno, los que viven en la actualidad, deberian estudiar la economia política y la administracion, para descubrir los medios de poner en armonia su interes particular con el general de la sociedad: no es la sumision, ó la ruina de los otros pueblos, el destino de las naciones cultas de la Europa moderna: todos los esfuerzos de la ciencia deben conspirar á que se remuevan los obstáculos que separan los reinos unos de otros, á que se estrechen las relaciones mercantiles, y ¿cual será el porvenir que nos espera, si los que han de ser árbitros de nuestra suerte, no poseen la ciencia necesaria para establecer la armonia y dar la direccion conveniente á tantos intereses opuestos entre sí, como de continuo crea el estado de la sociedad presente?

TOMAS GARCIA LUNA.

## EL FARO FLOTANTE

Hacia una de aquellas terribles noches de tempestad tan peligrosas en el mar Báltico. Embarcados en un pequeño sloop, nos habíamos propuesto pasar de Bergen á Christiansan. Por los cálculos del capitán debíamos estar muy cerca de la costa de Noruega, pero ¿cómo cerciorarnos? Una espesa niebla envolvía en su horrible oscuridad la superficie del mar, gruesas olas se desplomaban sobre nosotros á cada instante, y los marineros, ciegos con la lluvia y turbados por aquel desorden de los elementos, se sostenían asidos á las jarcias.... Horrible situación era la nuestra.

Teníamos por capitán á un hombre sin energía, que acabó de perder su poco ánimo á la vista del peligro. Lleno de miedo y cargado de licores espirituosos, no cesaba de dar órdenes contradictorias de que pronto no hizo caso la tripulación.

A media noche se llevó el viento nuestra vela grande, y poco despues empezó el buque á hacer agua. En vano se pusieron todas las bombas en accion, el mar penetraba con tanta impetuosidad que el navío se hundía rapidamente. Nuestra única áncora de salvacion era la chalupa; nos apresuramos á bajar á ella, excepto el capitán que se quedó sobre el puente.

¡Vamos, bajad, si apreciáis vuestra vida! le gritaron.

Pero él no comprendía. Por una de aquellas alucinaciones propias de la embriaguez, imaginaba que los marineros iban de pesca sin su permiso. Enfurecido al ver desatendida su autoridad, vociferaba amenazas é injurias, y accionaba como un insensato.

Cada minuto de tardanza valia un siglo. Las olas lanzaban nuestra chalupa con violencia contra los costales del navío, y era de temer que se abriese en uno de aquellos fuertes choques; sin embargo, á pesar de lo crítico de la situación, no podíamos abandonar á aquel infeliz. Subió un marinero para intentar convencerle, pero sus reflexiones fueron inútiles, y al fin hubo de volverse á la chalupa.

¡El cable! gritó la tripulación, ¡soltad el cable!

Aun queria yo esperar un momento, cuando se perdió toda esperanza de salvarle. El cable que nos unia al buque se rompió, y la chalupa, partiendo como una flecha, se sumergia en las tinieblas que nos envolvían.

No habíamos hecho mas que mudar de peligro, ó mejor dicho, era el mismo bajo otro aspecto. Nuestra chalupa no podía resistir á un mar tan borrascoso. Tan pronto suspendidos en el vértice de las olas que rodaban mugiendo, como precipitados en los hondos abismos que dejaban tras de sí, teníamos sin cesar la muerte al ojo. Nadie hablaba; entregado cada uno á sus angustiosos pensamientos, esperaba el momento en que nos tragase una ola.

En medio de la oscuridad distinguíamos todavia el sloop: los harapos de la vela grande, que permanecían en lo alto del palo mayor, nos permitían reconocerle, y aun de cuando en cuando percibíamos la voz de nuestro desventurado capitán, que lanzaba horribles clamores, interpolados con cantos, blasfemias é imprecaciones.

A poco tiempo se espació sobre el mar un fulgor momentáneo. Descubrimos una masa negra, que se movia sin rumbo cierto, bamboleada en opuesta direccion por los olas. De repente se detuvo; una de sus estremidades se enderezó hacia el Cielo, y el navío, pues que era él, semejante á una ballena que se sumerge, se hundió de repente en el abismo. Un grito de agonía retumbó en la líquida superficie, y no vimos mas que las olas arremolinadas en el punto donde desaparecia el buque.

Cesaron los marineros de remar, se miraron unos á otros, con horrible silencio, y en este momento, el hombre encargado del timon gritó, que descubria una luz á lo léjos. Tendimos la vista en la direccion indicada, y descubrimos en efecto un fulgor dudoso, semejante á una estrella velada por la niebla. Todas las bocas prorrumpieron en gritos de alegría.

Debe ser, dijo un anciano marino, el faro flotante que el capitán reconoció esta tarde. Si le alcanzamos nos hemos salvado.

Esta noticia reanimó nuestros abatidos espiritus. Una hora estuvimos luchando penosamente contra la tempestad, esponiéndonos veinte veces á perecer. No apartábamnos la vista de la luz que habia de guiarnos, y ya estábamos tan cerca que era segura nuestra salvacion, cuando de repente

se apagó. Al mismo tiempo fuimos arrastrados hacia un punto en que el mar estaba cubierto de espuma, y los olas se chocaban con espantoso estrépito.

Combatida nuestra chalupa, zozobró... y fuimos sumergidos....

Sentime arrastrado por una fuerza irresistible; mil sonidos confusos llegaban á mi oído, ¿Qué me sucedió? ¿Qué fué de mí durante algunos minutos? Lo ignoro. Cuando recobré el uso de mis sentidos, me hallé junto á un tonel que flotaba á mi lado; asime á él maquinalmente, y empecé á gritar llamando á mis desgraciados compañeros; pero ninguna voz contestó á la mía. Todos habian perecido.

En aquella confusion de mar y Cielo era imposible orientarme. Habia perdido la direccion del faro flotante, y desesperaba ya de poder hallarle, cuando, por una feliz casualidad, columbré á poca distancia el navío en que estaba enarbolado. Empléé las pocas fuerzas que me quedaban en llegar á él, é invoqué socorro con lastimeros acentos; pero en vano, ni ruido, ni claridad alguna se descubrian en el buque. Dos veces dí la vuelta al rededor de él, sin poder subir; mas al fin, una ola que me levantó, me permitió asirme á las cadenas á que estaba amarrado, y de allí pude encaramarme hasta el puente.

Mi primer cuidado fué dar gracias al Cielo, miré en seguida entorno mio, el puente estaba desierto; pero al pié de una escala y al traves de las hendiduras de una puerta descubri luz. Bajé con precaucion para enterarme de las personas en cuyas manos iba á encomendarme, y ví dos hombres de grosera catadura, sentados á una mesa; una lámpara suspendida del techo y bamboleada por el movimiento del buque, iluminaba alternativamente sus semblantes. Insensibles al tumulto de las olas, á los mugidos del viento y de la lluvia, parecían entregados absolutamente á la tempestad de sus propias pasiones; chispeaba la cólera en sus ojos, y creí leer en ellos la expresion del odio y del deseo de venganza.

Cubria el mar el ruido de sus voces; pero yo observaba sus gestos llenos de energía y violencia. Hubo un momento en que se levantaron simultáneamente, alzando los brazos, semejantes á los lobos que se acechan para combatirse. Ya estaban á punto de darse el primer golpe, cuando apa-

reció en la estancia una muger; contenidos por ella los dos hombres, volvieron á sentarse; pero en sus sangrientas miradas comprendí que se aborrecian aun mas al verla.

Miéntras yo observaba ávidamente este espectáculo, se me escurrió un pié sobre el húmedo pavimento y tropecé en la puerta del camarote. Aquel ruido suspendió inmediatamente la querella; se consultaron con sorpresa, y, despues de algunos momentos de indecision, abrió uno de ellos la puerta. Así que me vió, retrocedió asustado; mi cadavérico semblante, mis vestidos y cabellos chorreando agua, le representaban uno de los numerosos náufragos que habian perecido cerca de aquel parage de desolacion. Acerqueme á él, le conté en resúmen mi lamentable historia; pero él no apartaba de mí los asustados ojos, y sin responderme se volvió para consultar á sus compañeros. Le seguí; mas mi presencia á aquella hora de la noche, y con aquella tempestad, les causaba una supersticiosa sorpresa. Largo tiempo dudaron en hablarme y en proporcionarme los socorros que tanta falta me hacian. Pude al fin obtener algun alimento y vestidos secos, y en seguida me tendí en un rincon del camarote, donde pronto gocé las dulzuras de un profundo sueño.

Al amanecer subí al puente, y examiné detenidamente el extraño asilo que la Providencia me habia deparado. Era un vasto buque de 30 pies de largo, sólidamente construido, y cuyo puente no tenia mas que una abertura; en medio se elevaba un mástil mas alto y mas fuerte que los de los bajeles ordinarios. Una gran linterna suspendida en lo alto de este mástil, contenia muchas lámparas de refraccion. Este aparato podia bajarse en caso de necesidad con cuerdas y poleas. El navío estaba amarrado con cadenas y cables, sobre un ancho banco de arena, y el faro in licaba á los navegantes este peligroso parage. Era una escena salvage imposible de transcribir. Aquella soledad perdida en medio de las soledades del mar, aquel pequeño mundo aislado del resto de los vivientes, atado sobre un escollo, y rodeado de tempestades y naufragios, llenaba el alma de funebres ideas. ¡Qué vida la que se pasase en aquel estrecho espacio! ¡Y sin embargo, como si no fuese bastante la guerra de los elementos, los habitantes de aque-

lla horrible mansion, en presencia de las convulsiones de la naturaleza, continuaban sus querellas y sus venganzas!

Levantóse el Sol sobre el horizonte; pero místico, sin brillo y despojado de su diadema de rayos; espesas nieblas que no podía disipar velaban su faz. Una luz descolorida se esparció por el mar, y columbré á unas once millas la costa de Noruega. La tempestad se habia apaciguado: en vano busqué entorno mio algunos vestigios del sloop y la chalupa; ni un ave animaba con sus gritos aquella desconsoladora escena. Yo la contemplaba tristemente, cuando Anguerstoff, el mas anciano de los dos hombres, se acercó á mí; preguntéle si habria ocasion de salir de aquel destierro.

No es tan fácil, me contestó. No tenemos mas comunicacion con la costa que una vez al mes, y hace seis dias que hemos recibido provisiones; con que haceos cargo.

¿No pasa por aquí ningun barco de pesca?

En verano, sí; pero en esta época es muy raro que se aventuren á venir por aquí, á no ser, añadió con grosera sonrisa, que quieran servir de pasto á los peces.

Esta noticia me dejó helado; la idea de permanecer tres semanas encerrado en aquella prison, me era insoportable. De mis compañeros no tenia que esperar simpatías, aunque prometiese espléndida recompensa. El oro, que tanto poder ejerce en la imaginacion de otros hombres, perdía allí gran parte de su influencia. Yo era para ellos un estorbo, una causa imprevista de consumo, y era preciso que las provisiones de tres personas sirviesen para cuatro, y aun no se sabia cuando serian renoyadas.

Estas razones, ú otras que yo ignoraba, bacia importuna mi presencia á mis huéspedes; contestaban á mis preguntas con secos monosílabos, y huían de mí con mal disimulado disgusto. Las mañanas se empleaban en preparar las lámparas del faro, y encerrados los dos habitantes del navío en un estrecho camarote, ocupados en los mismos trabajos, no si hablaban ó se se dirigian la palabra era con acritud, con cólera, con odio mal encubierto; á la mas leve palabra sus ojos se inflamaban, y el resentimiento que abrigaban en su seno estaba á punto de estallar.

El mas jóven se llamaba Morvalden y estaba especialmente encargado de la cus-

todia del faro. Era de facciones agradables y de aspecto triste y melancólico; su lenguaje anunciaba alguna educacion. La muger de que he hablado era esposa suya, y se llamaba Marietta. Apenas pasaria de 22 años y ya habia perdido la frescura de la juventud. No carecian sus facciones de regularidad, y sin embargo, se notaba en estas cierta falsedad. Eran sus modales circunspectos, pensadas sus palabras cual si temiese que se le escapase algun secreto. Anguerstoff, el otro guarda, del faro era un hombre de 40 años, mal carado, enérgico y vigoroso. Yo eché de ver que inspiraba á Morvalden tantotemor como odio, y que ejercia sobre Marietta un poder absoluto. Tercó y arrogante, en vez de obedecer, era él quien mandaba, manifestándose siempre dispuesto á llegar al último extremo.

¿De donde procedia la sorda enemistad que dividia á Anguerstoff y á su patron? Advertí que uno y otro se vigilaban con el mayor cuidado, que de dia no se perdian de vista, y de noche el encargado de alimentar el fuego del faro (alternaban de cinco en cinco horas) espiaba con celosa curiosidad los movimientos del otro. Morvalden en particular no podia contenerse; tan pronto marchaba á pasos precipitados, como se detenía bruscamente en lo alto de la escala que conducia al camarote y prestaba atencion; en seguida continuaba su solitario paseo, murmurando entre sí palabras que yo no comprendia. Cada dia eran mas violentas las disputas: pero al fin Morvalden, dominado por la superior energía de Anguerstoff, fingió ceder; acometióle una negra melancolía y permaneció en el puente dejando á Anguerstoff y Marietta sobre el camarote.

Vivia yo confinado en una especie de agujero de donde solo salia por la noche: apoyado en la barandilla de cubierta, contemplaba la móvil luz del faro que se proyectaba á lo lejos sobre el mar. Creia á veces distinguir la blanca vela de un navío ú oír los lastimeros gritos de los naufragos. ¡Qué situacion la nuestra! encadenados sobre un escollo, evitados por cuantos se aventuraban en aquellas regiones, incansablemente mecidos por las olas, y sin embargo estacionados, no gozábamos ni de la variedad del viage, ni de la esperanza de llegar al puerto, ni del placer que inspira al viagero una brisa favorable. Careciamos de

todos las distracciones, hasta de las del trabajo y del peligro, y lo que hacia mas horrible nuestro aislamiento era aquella animosidad eterna, tanto mas encarnizada cuanto mas pequeño era el espacio que encerraba á los dos adversarios.

Una noche que yo estaba en la proa del buque, se acercó á mí Morvalden, que se hallaba solo. Hacia ya tiempo que yo notaba que deseaba hablarme. La dulzura de su carácter y los indignos tratamientos de su muger y de su subalterno, me habian interesado en su favor. En aquel momento se hallaba mas abatido que de ordinario; y despues de algunos momentos de melancólico silencio, se ocultó el rostro con ambas manos y rompió á llorar.

—¿Qué es eso, Morvalden? ¿Qué tenéis? Le dije, pero no me contestó.—Hablad, ¿qué ha sucedido?

—¡Perdidol! ¡Perdidol!.... ¡Soy hombre perdido!

—¿Cómo! ¿qué decis? ¿qué significan esas palabras?

—Pero él continuaba repitiendo: «¡perdidol! ¡perdidol!» A veces se escapaban de sus labios los nombres de Anguerstoff y Marietta; era un dolor largo tiempo concentrado que necesitaba desahogarse.

Disimulad, me dijo, no he podido dominarme. Ya sabéis lo que pasa. Ese miserable Anguerstoff ha destruido la escasa felicidad de que me era permitido gozar, haciendo olvidar á mi esposa los deberes de su estado. Preciso es que haya empleado algun sortilegio, sí, preciso.... Escuchad, añadió despues de una breve pausa, aun hay mas; no parará en esto; quieren.... quieren asesinarne!....

—¡Desdichado! cómo podeis sospechar....

—Sí, me matarán. ¡Conozco que les estorbo, y no perdonarán medio de deshacerse de mí! Quizá en este momento estarán combinando algun plan: si pudiéramos acercarnos, les oiríamos hablar de sangre y asesinato.

—Y en ese caso, por qué no huís para poneros bajo la proteccion de la ley!

—¿Huir? no me lo permitirían: además á mí me está vedado pisar la tierra. ¿Crees que yo me he encerrado voluntariamente en esta prision? No, no, estoy espiondo las faltas de mi juventud. Yo era ardiente, ambicioso, no por mí, por ella; y en un momento de extravío.... No es del caso contar lo que hice, pero lo cierto es que me

enviaron aquí. Estoy seguro de que no volveré á salir. Una voz interior me está diciendo á todas horas que me matarán, y yo lo leo en sus ojos.

No os abandoneis á tan tristes presentimientos. La soledad en que vivís ha exaltado vuestra imaginacion, pero es preciso que demostreis mas fuerza.

—¡Oh! no vivo tan solo como pensais. Centenares de buques se han perdido sobre este banco; los cadáveres de los naufragos flotan sin cesar por todos lados. ¡Cuántas veces de noche y á traves de la niebla he distinguido formas humanas que se movian sobre las olas! ¡Cuántas veces me ha aturdido los oídos un confuso clamoreo que salía de los abismos! ¡Oh! no creais que vivo tan solo.

Puras visiones. ¡Vuestra razon está turbada por los desastres de que habeis sido testigo!

—¡Ojalá no hubiese sido mas que testigo! ¡Si supiéseis!.... Una noche, era poco despues de la llegada de Anguerstoff, soplabá el viento con violencia; la linterna del faro se agitaba en lo alto del mástil, pero yo no pensaba en la tempestad ni en el fanal. Quise cerciorarme de mi desgracia, y titubeé largo rato; pero al fin pudo mas la tentacion, y abandoné mi puesto para convencerme de mi vergüenza.

—¿Sorprendisteis á los culpables?

—Los estaba espiondo cuando salió Anguerstoff de su camarote para reunirse con su cómplice que le esperaba. Arrojáme á él, y empezó una lucha terrible. Mientras nos asestábamos mortales golpes se apagó el fanal, y al mismo tiempo resonó un cañicazo de socorro. Aquella solemne señal dirimió nuestra contienda por el pronto y terminó la lucha. Corrí al puente, y á pesar de la oscuridad columbré un buque desamparado al parecer, y arrastrado por las olas hácia el banco de arena. Trémulo de horror encendí el faro; pero no alumbró mas que un naufragio, y descubrí el mar cubierto de despojos y de gentes que se ahogaban. Estendian hacia mí los crispados brazos enmedio de las angustias de la muerte, y lanzaban gritos lastimeros. Jamas, jamas olvidaré aquel espectáculo: sin cesar oigo y veo á los infelices que perecieron por mi culpa.

—La noche que yo escapé de la muerte tambien se habia apagado el faro.

—Sí, tambien soy gausa de la pérdida de

vuestro buque, ó mas bien lo son ellos; porque ellos tienen la culpa de todo. Aquella noche los sorprendí ¡Oh! ¿por qué no pude matarlos?

¡Pero al ménos os vengariais!

Nos batimos. Pero el demonio ha debilitado mis miembros, fui vencido; y Anguerstoff me perdonó la vida.

¿Y despues?

Despues ni siquiera se toman el trabajo de guardarse de mí.

Estas noticias me dejaron confundido. Compadecia y despreciaba al mismo tiempo á la malhadada víctima de tanta infamia. El conoció lo que pasaba en mi alma, y añadió despues de una breve pausa.

Veo que me despreciais. ¿Y qué queriais que hiciese? Abandonado á mí mismo, faltar de todo auxilio, estoy en poder de ese malvado. No hace mas que provocarme, y aunque yo esperaba para vengarme á que viniese el batel de tierra, he concebido un plan mas digno de un hombre villanamente ultrajado. Ya no se me insultará impunemente; mirad, añadió con sardónica sonrisa, ¿veis este cuchillo? pronto veremos si Anguerstoff con todo su vigor se rie de mí. Vive Dios que le mataré... si él no me gana por la mano.

Esta confidencia de Morvalden y la exaltacion que le dominaba, me causaron viva inquietud, porque ví próxima una escena de asesinato. Morvalden tenia uno de aquellos caracteres débiles que exasperados son capaces de todos los excesos, y para quienes la violencia es mas fácil que la energía. Intentó intimidar á Anguerstoff advirtiéndole que se guardara. Pero lleno de confianza en su fuerza física, y en lo que él llamaba cobardía del patron, continuó burlándose de él.

De este modo transcurrieron dos dias. Examinaba yo sin cesar todos los puntos del horizonte con la esperanza de que se acercase á nosotros alguna lancha pescadora. Una mañana Morvalden, que habia velado la segunda parte de la noche, mandó á Anguerstoff que preparase las lámparas del faro para la noche próxima. Pero este aparentó no oír la órden que se le daba. Su grosera mirada anunciaba una rebelion obstinada. Morvalden palideció.

Es preciso, repitió con una voz ahogada, hacer lo que os digo.

¿Es preciso?... pues haceldó vos.

Ayer lo hice porque me tocaba. Hoy os toca á vos.

Hoy estoy cansado. ¡El que quiera trabajar que trabaje!

En este momento entró Marietta y su presencia dió á Anguerstoff nueva insolencia. Fué á ponerse delante de Morvalden, y mirándole con sonrisa burlona.

¡Vaya, vaya! ¿De qué mal humor nos hemos levantado hoy? ¿Como quiere subirse á las barbas el mocito!

El mocito sabrá hacerse respetar y obedecer.

Eso lo veremos.

Míralo.

Y arrojándose furioso dió Morvalden á Anguerstoff un vigoroso puñetazo en la cabeza. Apenas se repuso este de la sorpresa del primer momento, le asió entre sus brazos; pero el patron, desprendiéndose de su enemigo, sacó el cuchillo y le asestó un golpe que el otro pudo parar en parte. Ya iba á repetir; pero yo le detuve y me lo llevé hácia el puente. En seguida bajé á donde estaba Anguerstoff rugiendo como una fiera al ver su sangre; pero á fuerza de súplicas y de amenazas, arranqué la promesa de no volver á provocar á Morvalden.

Aquel dia le pasó Anguerstoff encerrado en su camarote, y Marietta, que se encargó de curar su leve herida, tuvo con él una larga conferencia que interrumpian cada vez que yo me acercaba. Unicamente deduje de sus gestos que la discusion era animada. Marietta, turbada é indecisa, oponia al parecer algunas objeciones que su cómplice combatía con ardor. Vila ceder poco á poco al ascendiente que ejercia sobre ella, y en seguida no volvieron á hablarse.

Al anochecer, subió Anguerstoff para cuidar del fanal, y yo receloso permanecí cerca de él.

A media noche le relevó Morvalden y oí á Anguerstoff acostarse. Reinaba entorno de nosotros el mas profundo silencio, y tranquilo ya por aquella noche y fatigado de las continuas veladas, me encerré en un chibitil, pero sin poder reconciliar el sueño por mucho tiempo. Al fin me adormecí, y una penosa pesadilla me atormentó con sus fantásticas apariciones. Me parecia oír sobre mí gritos ahogados, y que un arroyo de sangre regaba mi cabeza y mis vestidos. Desperté asustado, y resonaron en efecto en mis oidos gritos de agonía que se sucedian sin interrupcion. Me levanto, abro la puerta y

me encuentro cara á cara con Marietta.

¿Qué es eso? esclamo; de donde proceden esos gritos?

No sé, contesta balbuciente. ¿Qué gritos?

Su contestarla, vuelvo la escala, pero la puerta está cerrada.... Forcejeo.... reuno todas mis fuerzas y la puerta cede al fin. ¡Anguerstoff estaba solo!

Adelantándose hácia mí.

¿Qué desgracia! me dice con voz ahogada.

Morvalden se ha caído al mar; sí, se ha caído. Ha pedido auxilio, yo le acudido, pero cuando quise echarle una cuerda, ya había sido arrastrado por una ola.

Ni una sola palabra pude articular al pronto; ¡tal era el horror de que estaba poseído! pero al fin reponiéndome un poco.

¡Esa sangre! ¡y esa sangre! exclamé señalando á su mano.

Es mía. Al quererle socorrer se ha abierto mi herida, y vive Dios que me molesta bastante.

Bajó en seguida en busca de Marietta, quien nos aturdió largo tiempo con sus hipócritas lamentaciones.

Un asesinato, un homicidio abominable acababa de perpetrarse; ¿pero como? ¿Con qué circunstancias? Me asomé al mar para buscar algunas huellas del desventurado Morvalden. ¡Horror! las tablas en que yo apoyaba la mano estaban manchadas de sangre; ¡la sangre había saltado sobre el puente y el mástil, y á mis pies había un lago de sangre!

Retrocedí despavorido. Me parecía que el viento traía á mis oídos el eco de los ahogados lamentos de un moribundo. Quise huir; pero encontré la puerta de escotilla cerrada por dentro y solidamente atrancada. ¿Estaria yo tambien condenado á perecer! ¿Qué hacer? ¿Qué imaginar? ¿Como libertarme de una muerte inevitable?...

De repente percibo un ruido sordo, miro; una mano asomaba en la líquida superficie y se agitaba debilmente. Salté de la popa, y desviándome por las cadenas y cordages hasta el nivel del mar, descubri un hombre asido al cable de popa que luchaba con las convulsiones de la muerte. Era Morvalden. En este momento dió el buque una sacudida, y el desdichado Morvalden soltó el cable; flotó un instante, y en seguida se hundió.

Apresuréme á arrojar al mar la punta de un cable y algunas tablas; pero en va-

no; no volvió á parecer. Parecia que las olas habían querido revelarme el crimen ántes de cubrirle para siempre.

Por fuera abrí sin dificultad la puerta de la escotilla, y hallé á Anguerstoff sentado delante de una mesa y sumergido en la mas abyecta embriaguez. Aquel miserable, sin duda para no pensar, se había atracado de licores; su respiracion era entrecortada, y su rostro estaba inflamado.

A Marietta no la vi.

Dejéme caer sobre un banco, resuelto á pasar allí la noche, y á poco se apagó la lámpara. De cuando en cuando el asesino gritaba entre sueños: «Ese fanal! las lámparas no arden! es sangre en lugar de aceite! infierno! el cuerpo sobrenada!... van á verle!... Morvalden! oh! como lucha!» y su voz espresaba el espanto, rechinaban sus dientes, y sus miembros se contraian con convulsivos movimientos. Oh! aquella escena era terrible.

Así que ameneció subí al puente y encontré á Marietta ocupada en borrar los vestigios de los sucesos de la noche. Habiamos propuesto disimular con su cómplice y con ella, y esperar que concluyese mi cautividad para denunciarlos á la justicia. Anguerstoff no pareció hasta mediodía; estaba pálido, trastornado, y sus turbios ojos revelaban su turbacion.

¿Qué lástima de muchacho! me dijo con afectada serenidad, ¡pobre Morvalden! desgracia ha sido por cierto; pero ¿qué remedio? Tendremos que cuidar entre los dos del fanal, y así que se acerque algun barco, os marchareis; entre tanto seamos amigos. En mí encontrareis un buen camarada.

Y estrechó fuertemente mi mano entre las suyas, calientes todavia con la sangre de Morvalden.

Por la tarde columbré á lo léjos un barco y resolví no advertirselo á Anguerstoff y Marietta; pero apenas se halló á una milla de distancia, izé un pañuelo en la punta de un remo y le agité para hacer señal al barco, de que se acercase. En aquel momento salió Anguerstoff del camarote, y como notase mi accion, me arrancó el pañuelo de las manos y me amenazó echarme al mar.

¿Como! exclamó Marietta que le seguia; ¿este bribon trata de escaparse? Cuidado con él Anguerstoff.

No, no saldrá de aquí hasta que á mí me dé la gana.

—Y que mire lo que hace, porque sino....  
Me sucederá lo que á Morvalden, ¿no es verdad? le dije exasperado.

Tal vez, me contestó con amenazador ademán. Pero no creáis que podreis tan fácil contar lo que habeis visto. ¡Vive Dios que á la menor tentativa os ahogo entre mis brazos!

Frustrados mis proyectos de evasión, disimulé como pude la ira que rebotaba en mi pecho. Sin embargo, había en parte declarado mi secreto, y Anguerstoff redobló su vigilancia, tanto para conmigo, como para el exterior. De cuando en cuando examinaba el horizonte con un anteojo, para cerciorarse de si aparecía algun bajel, y prorrumpía en amenazas de muerte contra mi persona.

—Crítica por demas era mi situación. Sin embargo, despues de mil contrarios proyectos, me resolví á vender cara mi vida, pues si bien me hallaba en poder de aquellos dos miserables, no tenían arma alguna de fuego, y yo estaba dotado de un vigor poco comun. Pasé la noche encerrado en mi estancia, y á la mañana siguiente senti que atrancaban mi puerta por fuera, y en el mismo instante percibí un ruido de remos y voces desconocidas.

¿Y Morvalden? preguntaron.

Sigue bien, contestó Anguerstoff.

¿Y como es que no sale hoy por acá?

Está tan desazonado que no ha podido levantarse de la hamaca.

¡Vaya una salida! ¿Con qué está bueno y malo á un mismo tiempo? Apostaría á que está durmiendo con su cara mitad.

Eso es; y allá abajo ¿qué hay de bueno?

Poca cosa; en las rocas ha aparecido un ahogado, y de las heridas se deduce que ha sido ántes asesinado. Esto ha hecho un ruido del demonio, y los magistrados han dicho que iban á enviar un oficial con una chalupa para visitar la costa y saber en que buque falta un hombre.

Aquí hubo una pausa de algunos segundos.

¡Oia! repuso Anguerstoff, ¿con qué un oficial con una chalupa? ¿y cuando?

Puede que esta misma mañana ó esta tarde. Lo mismo dá.

Por supuesto.... Pero no os detengais por mí, maese Cristiern, amenaza temporal.

Puede ser... ¿pero no me comprais el

pescado? á propósito; dias pasados naufragó aquí un navío; ¿se salvó alguien?

Nadie.

Oí de nuevo el ruido de los remos y las voces se perdieron á lo léjos. Cuando los pescadores hubieron desaparecido me abrió Anguerstoff la puerta y le encontré mas pálido y abatido que la vispera. Aquel hombre de enérgicas pasiones estaba anonadado por la conciencia de su crimen. Al verme no pronunció palabra, pues apenas conservaba la facultad de pensar.

Marietta entónces asiéndole del brazo,

—¡Calle! dijo, ¿habeis creído las paparruchas que ha ensartado ese pescador?

—¡Si, por la eterna Providencia! exclamó despertando de repente de su estupor. Sí, pronto los tendremos encima.

—¡Dios mio! ¿y qué hemos de hacer? Anguerstoff, discurred algun medio; aquí no podemos quedarnos.

—¿Y porqué no? ¿tenemos algo que temer de la justicia; que vengan y serán bien recibidos; ¡ha! ¡ha! ¡ha!

Pero en vano pretendia Anguerstoff engañarse y engañarme; su agitación crecía por momentos; se levantaba, se sentaba, y no podía permanecer un minuto en el mismo sitio. Desocupó de un trago un enorme vaso de aguardiente, y en seguida continuó sus paseos sobre el puente. El viento había refrescado y soplabá de la costa; gruesos nubarrones se amontonaban en aquella direccion, de la que no apartaba los ojos Anguerstoff, esperando que el aspecto amenazador del Cielo impidiese á la embarcacion hacerse á la vela. A cada instante enfilaba su anteojo y examinaba con ansia todos los puntos del horizonte. Una vez, por último, arrojó el instrumento sobre el puente exclamando:

—¡Dios nos ampare! ¡ya están ahí!

Corrió Marietta á su lado; pero él la repelió ásperamente; había recobrado su resolucion con la inminencia del peligro. Apoderóse de un hacha, y precipitándose sobre las cadenas y cables que amarraban el navío, rompió, destrozó sucesivamente los de proa y popa hasta que el buque, entregado á sí mismo, empezó á agitarse lentamente y á flotar en agua libre.

—¡Que vengan! ¡que vengan! ahullaba Anguerstoff con frenético gozo; ¡no he dicho que serían bien recibidos? ¡Hurrah! ¡Hurrah!

—Nuestro bajel no tenía ni velas ni timon

para dirigir su curso. El bamboleo era tan fuerte que muchas veces vine al suelo. Las olas le atacaban el flanco y le inclinaban, en tanto que Anguerstoff corria fuera de sí de un lado á otro gritando.

¡Nos vamos á pique! ¡nos vamos á pique! sople la tempestad, que muja el viento y no envíe á todos los diablos! ¡Hurrah! ¡Hurrah!

Entre tanto la chalupa que nos perseguía, aparecía como un punto negro á muchas millas de distancia. Llamabala ya con los ojos, calculaba los progresos de su marcha, pero dudaba que llegase á tiempo porque estaba temiendo de un momento á otro que nos tragasen las olas: ¡perecer en el momento de poder ser salvado! ¡qué horrible situacion!

La caza continuaba con vigor, y ya empezaba yo á concebir algunas esperanzas cuando estalló la borrasca que amenazaba desde por la mañana; al mismo tiempo tendió la noche sus sombras, y mis libertadores se perdieron en medio de la oscuridad. Poco á poco se había ido apaciguando la exaltacion momentánea de Anguerstoff, Marietta y él, estrechamente unidos, sorridos al estrépito del huracan, insensibles al peligro, se miraban con estupor y sus manos convulsivas apretaban vigorosamente el apoyo que habian elegido. Estaban vivos, y sin embargo habian cesado de existir.

¿En qué direccion eramos arrastrados? ¿Hacia qué costa impelia la tempestad la inerte masa de nuestro buque?... Aquella incertidumbre era horrorosa. De repente me llamó la atencion un ruido extraordinario que dominaba el tumulto del mar y que iba en aumento. Escuché, y con terror descubrí una larga masa de rocas que el mar azotaba con furia, despedazándose en su base, y poblando el aire de blanca espuma. Hacia este punto eramos arrastrados con fuerza irresistible. La muerte era segura, y encomendé mi alma á Dios.

De repente se inclinó nuestro buque y una ola le levantó por la proa y le arrojó sobre un banco de arena, en el que quedé tendido. Afortunadamente no perdí la presencia de ánimo; el mar al retirarse no dejaba entorno de nosotros mas que una profundidad de dos ó tres pies de agua. Aprovechar la ocasion, descolgarme por medio de un cable, y ganar las rocas fué para mí obra de un minuto. Esta accion mia despertó á Anguerstoff de su es-

tupor, quiso perseguirme; pero mientras bajaba volvió el mar con tal violencia, que por no ser arrastrado tuvo que subirse precipitadamente al puente.

Comencé á trepar rocas escarpadas y escurridizas hasta que la fatiga me obligó á sentarme; perdido en medio de las sombras de la noche, rodeado de precipicios, no me atreví á continuar mi camino, y resolví esperar á que amaneciese, acurrucado entre dos ángulos de una roca. Desde allí oía el rugido de las olas que se rompian á mis pies con furiosa violencia, en tanto que la tempestad arreciaba por momentos. Imposible es explicar aquel tumulto, aquella confusion, aquel caos de los elementos. El viento retumbaba entre las rocas, la lluvia silbaba, el estrépito de la resaca semejaba al trueno. Así se pasó la noche.

Luego que amaneció descubrí unas cuantas personas que habian bajado de las alturas vecinas á la ribera. Apresuráme á incorporarme con ellas para informarme de la suerte de Anguerstoff y Marietta. El faro flotante habia desaparecido; en vano busqué los cadáveres; sin embargo, multitud de cajas de tablas rotas y otros objetos, revelaban harto bien que la justicia de Dios estaba satisfecha.

---

## Un desafio

### EN SANTO DOMINGO.

---

Pocos años ántes de la insurreccion de los negros de Santo Domingo, insurreccion promovida y ayudada por los ingleses, en venganza de los auxilios que habia prestado la Francia á la nueva Inglaterra en la guerra de su independencia: esta bella colonia habia llegado á su mayor grado de grandeza y prosperidad. El cultivo y la industria habian producido en ella mas oro que el que sus minas proporcionaron á los españoles; y este metal circulaba con activi-

dad, llevando en pos el lujo y los placeres. Bajo el ardiente cielo del trópico, las pasiones naturalmente vivas llegan á ser frenéticas cuando la riqueza, capaz por sí sola de hacerlas nacer, les ofrece nuevos alimentos.

En la época de que hablo, (1788) la pasión dominante entre los ricos moradores de Santo Domingo era el juego.

Pero ya no bastan á su avidez aquellos juegos en que el cálculo y la destreza pueden neutralizar los azares de la fortuna: necesitaban para satisfacerse, aquellos en que domina la casualidad á todas las combinaciones del espíritu, en que se amontona el oro sobre el tapete, y en que de un solo golpe se puede arruinar ó hacerse poderosa una familia. Los dados eran generalmente el instrumento de la diversion de aquellos habitantes, no siendo tampoco raro ver en una habitación un cargamento de negros, llevada como puesta contra una cantidad de dinero.

En 1788, si mal no me acuerdo, servía en clase de capitán en el regimiento llamado Puerto-Príncipe, el hijo de un rico propietario de la colonia. El capitán Sevrey tenía veinte y cinco años; aunque dueño de una fortuna colosal, había abrazado por inclinación la carrera de las armas. Era sumamente diestro en el manejo de la espada y de la pistola; pero valiente hasta rayar un temerario, no abusaba de su funesta habilidad, y siempre proponía partidos desventajosos para él, á cualquiera que se atrevía á provocarle. La casualidad había dispuesto que nunca resultase herido de peligro, al paso que sus balas siempre dejaban en pos una huella de sangre; por lo que, aunque franco y leal para con todos, por su conducta, era más respetado que querido en las reuniones que frecuentaba.

Una noche, en cierta casa de jue-

go, lugar común de las citas de los individuos del regimiento Puerto-Príncipe, los concurrentes se entretenían con un *burlote* hasta que la completa reunión de todos los jugadores, permitiese establecer seriamente la partida. Un oficial de la marina francesa, capitán de fragata, que se hallaba poco hacia en la colonia, entró en aquel momento en la pieza, y se dirigió á refrescar al aparador, dispuesto en un extremo de la sala. Al pasar cerca de la mesa donde jugaban, echó una ojeada sobre ella, y vió algunas piezas de plata delante de los jugadores.

¿Quién quiere tirar? preguntó una voz.

Yo, respondió el capitán de fragata (cuyo nombre no recuerdo ahora.) Acercóse con negligencia á la mesa, tiró sus dados y se volvió al aparador á acabar de beber su limonada, en tanto que los demás continuaban la partida.

Habéis ganado, comandante, le gritó Sevrey, que era uno de los concurrentes, tomad el importe. Y diciendo esto, empujó hacia su feliz adversario un número considerable de piezas de oro.

A vista de tan enorme suma, el oficial francés, que creía no haber arriesgado más que algunas monedas, retrocedió asombrado; y luego rechazando el dinero que se le presentaba, dijo.

Faltaría á la delicadeza, si me apropiase esta suma como ganada lealmente por mí. Debo declararos, que cuando tomé los dados creí solo jugar contra una pequeña cantidad que vi sobre la mesa. No quiero, pues, ni debo considerar ese dinero como mío.

Os aconsejo que lo tomeis, capitán, le dijo Sevrey; tan vuestro es, que si hubieseis perdido por casualidad, hubierais tenido que pagarle.

Padeceis una grave equivocación si

estais en ese entender, pues jamas hubiera juzgado compromiso de mi honor, el pagar una deuda que no hubiese contraido.

— Os digo que lo hubierais pagado, repuso Sevrey recargando sus expresiones; dad gracias á la suerte que os ha favorecido.

Habia en el tono con que el capitán dijo estas palabras, una ironía, debida acaso al despecho de haber perdido, que no pudo escaparse á la penetracion del oficial de marina. Respondióle con firmeza, y Sevrey exasperado cada vez mas, llegó hasta provocarle de tal suerte, que cuando quisieron interponerse los amigos de ámbos para separarlos, ya se creian uno y otro insultados de muerte y comprometidos á un desafio.

— No quiero conservar sobre vos, dijo Sevrey á su adversario, la ventaja que me proporciona mi destreza en el manejo de las armas, y voy á proponeros un partido, que igualará nuestras fuerzas. Uno de estos Señores tendrá la bondad de traer una pistola cargada, y los dados decidirán cual de nosotros debe deshacer los sesos al otro.

— Corriente.

— Un movimiento de horror agitó á toda la sociedad; algunos se retiraron, no queriendo ser testigos del sangriento drama que se preparaba; otros, dominados por la curiosidad, estrecharon el círculo en derredor de los jugadores, que sentados frente á frente, esperaban que se concluyesen los preparativos de su duelo.

En tanto que un tercero cargaba el arma fatal á presencia de Sevrey y del oficial frances, estos, los únicos que conservaban su sangre fria en medio de tan imponente escena, se dirigian algunas palabras tranquilamente, cual si se se tratase del mas indiferente asunto. Prepa-

rada la pistola, fué examinada con detenimiento por ámbos adversarios, que la encontraron en buen estado; en seguida trajeron seis dados, tres para cada uno, y se decidió que el frances tirase primero.

Toma este con resolucion los tres cubos de marfil que iban á ser para él un oráculo de vida ó de muerte, los agita repetidas veces, y los lanza siguiendo con la vista en el tapete sus desiguales rotaciones—¡once!!

— No es mal juego, comandante, dijo Sevrey deteniéndose un poco; todas las probabilidades están en vuestro favor. Pero fijad bien la atencion en lo que os digo: si os favorece la suerte como indica hasta ahora, quiero que no tengais compasion de mí, pues no la debeis esperar si yo gano. Queda declarado cobarde cualquiera de los dos que perdone al otro.

Y con una sonrisa irónica en los labios deja caer los tres dados, que describiendo tres radios divergentes, se detienen por fin y dan—*quince!*

El círculo se abrió al momento por la parte del oficial frances, que viéndose aislado al frente de su enemigo, tomó la actitud firme de un hombre de valor.

— Mia es vuestra vida, dijo Sevrey, tirando los dados y amartillando la pistola; encomendad vuestra alma á Dios.

— Tirad sin miedo, dijo desdeñosamente el frances, llevando la mano al corazón, tirad. Un hombre de bien siempre está pronto á morir...

No pudo decir mas. La bala de Sevrey le dió en lo alto de la cabeza, haciendo pedazos su cráneo. Los circunstantes estaban inmóviles de horror.

Despues de este desafio en que la opinion general culpaba á Sevrey, aquel oficial, ya temido ántes de sus conciudadanos, les inspiró á sus paisanos odio por odio y desden por desden; y cuando es-

talló la revolucion se colocó en las filas enemigas bajo el mando del ingles Maitlan. En ellas dió muestras mas de una vez de valor estremado, y de maravillosa pericia: por último, en el combate llamado de *Jevis*, cerca de Tiburon, un balazo en el costado le privó de la vida, en el momento en que la victoria se declaraba por su partido.

(Panorama.)

---

## Modas de Paris.

---

En la *toilette* de primavera figuran en primera linea los sombrerillos y aun capotas rizadas de crespon azul, verde y con preferencia lila.

A propósito, este color domina de tal manera el capricho de las elegantes, que los vestidos, capotas, sombrerillos, plumas, flores, pañuelos de mano, guantes y zapatos son color lila, y alguna vez los salones de los mas brillantes círculos de Paris podrían tomarse por un bosque de estas flores ligeramente matizado con verde, rosa y algun otro medio color: se han desterrado los fuertes, en términos de calificarse de persona de poco gusto la que los lleva.

Los corales triunfan de los topacios diamantes y filigranas de oro: imitause con ellos flores y toda clase de adornos.

Los chales de cachemira no han perdido del todo sus derechos á la consideracion de las hermosas, y la manera de llevarlos ha sido siempre un signo distintivo de las graciosas parisiens: no obstante, esta manera varia segun las épocas. Hace diez años el chal iba suelto, y así ocultaba ó descubria el pecho; pero hoy se apunta con un elegante alfiler, en el cual lucen á la vez el buen gusto y el lujo mas escusivo. Los camafeos se llevan con preferencia: los mas

elegantes son de coral rodeados de hojas de parra, de oro filigranado.

Los vestidos de calle llevan de cuatro á seis guarniciones; los de baile cogidas á pabellon con flores de esquisito gusto.

Volviendo á los chales, no dejaremos de advertir que algunas los llevan con encajes negros; hay tambien chales de muselina; mas, segun el *petit courrier*, se necesitan nada ménos que quince años, una hermosura singular y una gracia estremada para llevar este adorno, que repugna una edad mas avanzada, que debe contentarse con uno de *beatilla* (tela de algodón muy clara) provista de una doble guarnicion de puntas de Inglaterra.

Los guantes (se supone color lila) continúan llevándose de doble boton, por haberse convencido las elegantas de que así no esponen al aire y al sol la mas preciosa parte de su mano.

Los abanicos son en todo tiempo el símbolo característico de la veleidad de la moda; en su altivez no gustan de sujetarse á sus caprichos, aunque el romanticismo (porque hay tambien romanticismo en las modas, aunque hasta hoy no están de acuerdo los autores acerca de lo que por romanticismo deba entenderse, hablando de modas se supone, porque, en cuanto á lo demas.... casi estamos en el mismo caso;) el romanticismo, repetimos, prescribe se lleven de marfil calado, pais estrecho, y tan ancho de arriba, cuanto estrecho de abajo.

Pañuelos de manos, color lila por supuesto, ó de raso blanco labrado.

Zapatillas de terciopelo ó merino sin puntas de charol.

---

## BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

---

Nuevo y excelente surtido de libros á precios inferiores á los de las librerías.

La empresa de este periódico acaba de

recibir un excelente surtido de obras.

Agréguase á las ventajas del mérito de muchas de ellas, y de lo esmerado de la edicion **LA ECONOMIA DEL PRECIO, MUY INFERIOR AL DE LAS LIBRERIAS.**

Entre otras excelentes obras se ha recibido la de Moratin, las de Walter-Scott, de Comte, de Virey, de Buffon, y de otros escritores nacionales y extranjeros. La estadística de España de Mr. Moreau de Jones y otros libros de mérito reconocido é inminente.

De este modo, poniendo al alcance de todas las fortunas por escasas que sean, las obras de los primeros ingenios que han asombrado á la humanidad con sus escritos, creemos trabajar en favor de la ilustracion de todas las clases de la sociedad.

**HISTORIA DEL LEVANTAMIENTO,  
GUERRA Y REVOLUCION DE ESPAÑA,**

**Por el Conde de Coreno.**

Esta excelente obra, debe ser de igual modo admirada por todos los partidos, puesto que no la escribió el autor en defensa de sus propias doctrinas políticas; sino como monumento eterno de las glorias de la nacion.

Es tal la imparcialidad con que está escrita y tal la brillantez y mérito de su estilo, castizo, correcto y elegante, que con razon puede decirse que es la principal obra entre las de su clase que ha visto la luz publica en España durante el presente siglo.

Refiérense en ella las hazañas de aquella inmortal contienda con todo el interes de un drama.

La impresion es compacta; pero hermosa y clara. Su precio 120 reales; poco mas de la mitad de lo que hasta aquí ha costado la misma obra.

Se halla de venta en los mismos puntos donde se admiten suscripciones á la **REVISTA GADITANA.**

**EL ABUELO.**

Obra popular y filosófica de educacion, destinada en Francia por aquel gobierno,

para la instruccion de la juventud.—Su precio 18 rs.

**LA HOMEOPATIA,**

**PUESTA AL ALCANCE DE TODO EL  
MUNDO,**

por Luis Fleury,

*Antiguo cirujano del hospital de San Lázaro, &c.*

Opúsculo en cuarto que se vende al precio de ocho reales vellon en las librerías de Hortal y Compañía, Féros, Bosch y en todos los puntos en que se suscribe á la **REVISTA MEDICA.**

**AVISO INTERESANTE.**

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscritores que dentro de breves dias tomará una *forma completamente nueva* nuestro periódico, con mejoras tan considerables en la parte material y tipográfica, como en su redaccion.

Los obstáculos que hemos encontrado para llenar nuestro propósito, y que habian paralizado en cierto modo la serie de nuestros trabajos, son demasiado fáciles de adivinar, y aun evidentes para que sea necesario explicarlos ni detenernos largamente á hacer nuestra apologia. Baste decir que nos lisonjamos de haber superado esas dificultades por medios que procuraremos dar cuenta en nuestro próximo número.

Hemos tratado de ensanchar al mismo tiempo el círculo de publicidad de este periódico, su objeto y sus límites materiales.

Lo publicaremos, pues, en forma mucho mayor; contando con la importante cooperacion de nuevos é ilustrados colaboradores.

Al llevar á cabo nuestro proyecto, hemos fundado mucha parte de nuestras esperanzas de éxito, en la aprobacion, así de nuestros actuales como de nuestros antiguos suscritores.

Podemos asegurar con certeza que quedarán cumplidas plenamente todas las esperanzas de nuestro proyecto,

IMPRENTA DE LA REVISTA MEDICA, calle de la Torre, esq. á la del Jardínillo.